

Conferencia Magistral "Dr. Ignacio Chávez" 1993 Sociedad y Salud: El compromiso del médico mexicano*

Enrique Wolpert**

Señor Presidente de la República,
Señor doctor Víctor Espinosa de los Reyes, presidente de la
Academia Nacional de Medicina,
Distinguidas personalidades del presidium,
Maestro Zubirán,
Compañeros Académicos,
Señoras y señores:

Esta ceremonia solemne de nuestra corporación que celebra su centésimo trigésimo aniversario se honra con la distinguida presencia del C. Presidente de la República, Lic. Carlos Salinas de Gortari.

Mucho agradecemos su gentil invitación para que la ceremonia se realice aquí en la residencia del Poder Ejecutivo Federal.

Agradezco al doctor Espinosa de los Reyes, la invitación para dictar la conferencia "Ignacio Chávez" que da inicio a un nuevo año académico.

Esta conferencia, dedicada a la memoria de un mexicano universal, fundador de la carrera de médico de hospital, impulsor de una especialidad a la que dio dimensión global en un instituto que fue, en su momento, guía de la cardiología en el mundo.

El maestro Chávez fue médico, profesor y rector universitario, promotor de la ciencia, forjador de hombres y celoso administrador de los recursos que la nación le confiara.

En nuestro país la medicina ha tenido una dimensión social

Aún antes de consolidarse nuestra nacionalidad, dos hechos históricos afirman el compromiso social de la medicina.

En 1524 el conquistador fundó el Hospital de la Limpia Concepción de Nuestra Señora, más tarde llamado de Jesús,

en Huitzilán, el mismo sitio donde 5 años antes se encontrara con el Tlatoani Moctezuma Xocoyotzin. Y en 1573, la medicina mexicana se incorporó al pensamiento occidental cuando la entonces Real y Pontificia Universidad aceptó que el doctor Juan de la Fuente dictara el curso de Materia Médica.

El Hospital de Jesús, el más antiguo aún en funciones en todo el mundo de habla castellana, hizo presente en la sociedad de aquellos tiempos a la medicina, que sumó pronto a la ciencia occidental los notables conocimientos de los médicos mexicanos, el código De la Cruz-Badiano, ha poco reintegrado a la nación, fue escrito en latín por Juan Badiano, primero alumno y luego profesor del Colegio de Indios de la Santa Cruz de Tlaltecocolco, siguiendo el *dictum* de Martín de la Cruz, médico herbolario, que no escribía la lengua del conquistador.

Así en sincretismo cultural, la medicina en México se inició. De esas raíces nació.

Mil novecientos noventa y tres es un año de gran significado para la medicina mexicana

Hace apenas unos días que el Instituto Mexicano del Seguro Social, instrumento de justicia social que tanto ha beneficiado a los trabajadores de México y a sus familias, celebró el quincuagésimo aniversario de su fundación. En unos meses más cumplirán también 50 años de fecunda labor el Hospital Infantil de México y la Secretaría de Salud ya con el rango de Secretaría de Estado.

En este breve lapso hemos visto con asombro la transformación vertiginosa de la medicina al incorporarse su base científica, la física, la química, las ciencias biológicas a nivel molecular, las matemáticas, la estadística y la informática ampliando el horizonte de la ciencia médica, creando especialidades y subespecialidades. A través de esos cambios hemos conservado nuestra cultura como lo exigía el maestro Chávez,

* Dictada en la sesión solemne de inauguración del CXXX Año Académico, el 3 de febrero de 1993.

** Académico numerario.

cultivando el espíritu y acercándonos con amor al enfermo, para evitar así la deshumanización que la tecnificación de nuestro arte acarrea como riesgo immanente.

Ahora vemos crecer otro valladar, el económico

La medicina moderna, que ha incorporado a ritmo acelerado lo mejor del desarrollo científico y tecnológico, resulta onerosa, ¿qué habremos de hacer?, ¿renunciar al progreso?, ¿limitarlo a unos pocos?, ¿ofrecer una medicina de ayer a los muchos, aunque su calidad sea debatible?

Cada país tiene que dar respuesta a estas interrogantes; escoger entre una profesión médica altamente tecnificada con profesionales de gran preparación, o una medicina populista, con multitud de centros asistenciales mal equipados y médicos con mínima capacidad.

En México sabemos que la salud no permite soluciones fáciles, que requiere soluciones inteligentes que beneficien cada vez a los más y les ofrezcan con equidad la mejor atención posible. Esta condición requiere calidad total. El médico no puede saber a medias, debe ser un profesional informado, capaz de incorporar con celeridad lo mucho que día a día se suma al conocimiento teniendo la habilidad para disponer, como nadie, los recursos que absorbe esta medicina moderna.

En la construcción de un nuevo modelo, el médico debe saber administrar, a nivel de su enfermo y a nivel poblacional, debe entender y manejar la economía clínica, de modo que aconseje con conocimiento seguro un procedimiento diagnóstico o terapéutico al paciente que confía su salud a la ciencia; pero también el médico debe saber aconsejar en las decisiones de salud pública, donde los problemas de financiamiento y operación son de mayor envergadura.

Desde un principio los médicos tomaron bajo su tutela la salud

En el siglo segundo de nuestra era Galeno reconocía el valor de la medicina preventiva y el fomento de la salud cuando señalaba: "Como la salud precede a la enfermedad en importancia y en el tiempo, hemos de considerar en primer lugar los medios de preservar la salud y después la mejor forma de curar la enfermedad."

Durante siglos el médico tuvo poco que ofrecer. Era una figura apreciada, humanitario compañero del enfermo, cuyos conocimientos eran muy reducidos. No extraña pues que en *El Satyricon* Cayo Petronio dijera: "El médico no sirve más que como consuelo del alma" y 17 siglos después, Voltaire expresara acremente de los médicos de su tiempo: "inoculan medicinas que no conocen en cuerpos que conocen menos."

Fue a partir de los notables avances de la ciencia a fines del siglo XVIII, de la Ilustración, que los médicos reflejaron esos conocimientos en su quehacer cotidiano y desarrollaron en el

siglo XIX la medicina científica, que no ha dejado de avanzar y lo hace ahora en forma exponencial.

Hoy, qué duda cabe, la salud se ha beneficiado del avance. La salud es bien social, y en tal tesitura, aceptamos la responsabilidad de ofrecer con nuestra medicina servicios de salud articulados de tal modo que el Sistema de Salud trascienda imperativos históricos, hasta formar unidad entre las actividades de medicina y de salud pública y enfrentar con éxito los retos de nuestra actualidad.

Los servicios de atención primaria deben alcanzar cobertura general; cuando existan problemas de salud que merezcan acciones diagnósticas y curativas más complejas, habrá de emplearse el mecanismo oportuno y equitativo para transferir a quien lo requiera a unidades capaces de ofrecer respuestas de calidad, con la garantía del rigor científico y la destreza máxima en cada acción médica. Todo esto sin perder de vista el *ethos* profesional, el compromiso individual y colectivo de hacer el mayor bien, lo que siempre guía nuestra acción y que expresó Louis Portes con claridad meridiana en aquella frase que sumaría la relación médico-paciente: "Una confianza frente a una conciencia".

En paralelo a la medicina científica, hay en nuestra sociedad una larga tradición de conocimiento empírico, de saber cómo cuidarse a sí mismo y promover la salud. Nuestro pueblo sabe bien eso. ¿Qué debe hacer el médico, hombre de ciencia, ante otras alternativas para curar?

Los métodos tradicionales de curar, mezcla de empirismo y magia, no son contrarios a la medicina, sino parte de las actividades de salud. Nos acercamos con respeto a quienes con palabra sencilla y acciones grandes cuidaron de los mexicanos de ayer, para incorporar el primer nivel de atención a los "sanadores" tradicionales, los curanderos y la partera, que merecen la confianza de una proporción de compatriotas, algunos separados por barreras lingüísticas y culturales, que no acceden al Sistema Nacional de Salud y que puedan encontrar el auxilio de la medicina moderna si sabemos conservar una relación franca con todos los interesados en salud, sean o no médicos. No extraña que recientemente los Institutos Nacionales de Salud de los Estados Unidos, hayan decidido iniciar las actividades de una oficina de medicina alternativa.

Nuestro compromiso de médicos para con la sociedad no es sólo el de mantener vivo el deseo de buscar remedio a las dolencias, ni el de ofrecer los tratamientos más modernos cuando estos sean necesarios, sino de enseñar a llevar un tipo de vida que preserve y promueva la salud, lo que supone, por nuestra parte, una mayor insistencia en la medicina preventiva, en las medidas de higiene y fomento de la salud.

En nuestra labor preventiva tiene especial interés el trabajo para lograr erradicar la desnutrición y el hambre. Apenas en diciembre pasado, ocurrió en Roma una reunión histórica, la Conferencia Internacional sobre Nutrición, cuyo objetivo fue conseguir que en el mundo cada persona pueda

gozar de un nivel de vida acorde a su dignidad humana y la aplicación del derecho inalienable a los alimentos.

Hoy es posible realizar el sueño que en 1935 propuso Sir Stanley Bruce a la Sociedad de las Naciones: "Establecer una relación entre la salud y la agricultura", los médicos mexicanos condenamos los obstáculos de origen humano que se interponen a la distribución justa de los alimentos. Suscribimos la declaración mundial de Roma sobre la nutrición que dice: "El hambre y la malnutrición son inaceptables en el mundo que posee a la vez los conocimientos y los recursos necesarios para acabar con esta catástrofe humana"; pues bien sabemos los resultados de la nutrición deficiente en el desarrollo y bienestar de nuestros semejantes en los grupos más vulnerables, en especial niños y mujeres gestantes.

En el centro de tal acción se localiza el núcleo familiar. Al reconocer a la familia y a sus miembros sus derechos y prestar apoyo a la mujer, teniendo en cuenta sus funciones esenciales como madre, educadora, agente económico y principal responsable del bienestar en el hogar. Al reconocer a los niños su derecho a tomar decisiones sobre la procreación y el espaciamiento de los nacimientos, se favorecen las condiciones de vida liberadoras de la pobreza abyecta, la paternidad y maternidad responsables y se protege la dignidad de la persona.

México avizora el tercer milenio de nuestra era

Se enfrenta al reto de que su población se duplica cada 35 años, se cuadruplica en el lapso de una vida, y conoce los efectos negativos que el crecimiento irracional y la distribución anárquica de la población acarrearán en la salud. Así lo hizo notar en esta ceremonia hace un año el académico Manuel Urbina. Sabemos que es impostergable alcanzar la salud reproductiva para lograr el crecimiento adecuado de nuestra población.

Este tema representa un vasto campo para quien investiga la biología de la reproducción, para quien asiste a la pareja en la práctica institucional o privada, para quien educa a los jóvenes, para quien tiene la grave responsabilidad de la salud comunitaria y debe promover ideas y catalizar voluntades en busca de una fertilidad regulada.

Aun si se consiguiera el autocontrol demográfico, como lo llevan a cabo algunos estratos sociales, los resultados sólo se dejarían ver al cabo de años, por la inercia del crecimiento demográfico. De aquí la importancia de la educación en la salud reproductiva.

Esta preocupación debe imbuirse en la edad escolar. Las tendencias actuales en la educación recomiendan enseñar al niño a partir de su mundo más cercano e ir abarcando progresivamente lo que se aleja de él. ¿Qué hay más próximo para el individuo que su mente y su cuerpo? La escuela debe incorporarse al proceso social del fomento de la salud. Un

escolar de primaria que conoce la cartilla de vacunación y tiene conceptos claros de autocuidado puede ser el mejor promotor de los programas de medicina preventiva, de conductas saludables y de rechazo a las adicciones. Un joven bien informado sobre su sexualidad, aceptará su responsabilidad generativa y evitará conductas de riesgo para enfermedades de transmisión sexual.

La epidemia de nuestro fin de siglo, la infección con el virus de la inmunodeficiencia humana, para la que, a pesar de numerosos esfuerzos no hay aún inmunoprofilaxis ni quimioterapia efectiva, es influenciada por medidas educativas que deben ser ampliamente difundidas entre la población que, si es informada, puede aceptar las recomendaciones destinadas a modificar hábitos y conductas. Si nos descuidamos, el SIDA además de problema médico puede llegar a alterar la estructura económica y social del país.

Por ahora, y por un buen tiempo a decir de los investigadores dedicados al tema, la vacuna contra VIH no será una realidad. La educación es el único instrumento que puede modificar las expectativas de crecimiento del SIDA que, como sabemos, es además la base de otros problemas, entre los que destaca el repunte de la tuberculosis. Entre los infectados con VIH en áreas de mayor incidencia que en México, en Nueva York, Miami y Los Ángeles, la tuberculosis ha vuelto a tener importancia y ahora con agravantes muy serios: se ha informado la presencia de cepas multirresistentes de *M. Tuberculosis*, que al no responder a los antifímicos de primera línea como la isoniácida y la rifampicina, han creado un problema cuyas consecuencias funestas apenas empiezan a aparecer.

Por otra parte, la educación desde la juventud con relación a los principios de nutrición, podrá influir en otra epidemia silenciosa de nuestro tiempo, la enfermedad degenerativa cardiovascular, que ha llegado a ser la primera causa de muerte y que en buena parte es el resultado de una nutrición defectuosa en interacción con las adicciones a las "drogas legales", el tabaco y el alcohol y el manejo inadecuado de las tensiones.

Es necesario considerar también que, con el aumento de la esperanza de vida, consecuencia de nuestro desarrollo, hay y habrá más sujetos de edad avanzada. Habrá que promover programas y políticas concretas que permitan no sólo mejorar las condiciones de vida de los viejos sino utilizar sus posibilidades de contribuir al progreso. Al envejecimiento biológico, con su cauda de cambios orgánicos, se suma el envejecimiento "sociogénico", resultado de prejuicios y actitudes de la sociedad hacia los viejos, y si bien es relativamente poco lo que los médicos podemos ofrecer contra el primero, sí podemos y debemos prepararnos para enfrentar con éxito el envejecimiento sociogénico mediante el estudio y el diseño de actividades que enfoquen no sólo acciones curativas sino la promoción de las capacidades de los ancianos. Así podrán beneficiarse ellos y la sociedad a través de una cultura que los

íntegro y permita el uso y transferencia de experiencias y conocimientos tanto como sea posible.

¿Cómo vamos a contribuir a ese esfuerzo educativo?, primero habrá que lograr un nivel educacional más consistente y homogéneo en los médicos y otros profesionales de la salud.

México enfrenta ya hace tiempo carencia de profesionales de la salud, principalmente a nivel de enfermeras generales y especializadas, laboratoristas y personal técnico, y entre los médicos, que suman más de 135 000, hay gran heterogeneidad en cuanto a su preparación. En la década de los setenta se fundaron 32 nuevas escuelas de medicina en el país y el número de egresados pasó de 2,493 a 11,586 en tan sólo diez años; sin embargo, el mayor número de titulados no se reflejó en una mejor distribución geográfica de los médicos ni se logró un avance significativo en la atención a la salud.

Parece ser entonces que no requerimos graduados a granel de nuestras escuelas, sino el aporte de médicos con entrenamiento suficiente en medicina y con firme conocimiento de la salud pública, con cualidades científicas, destrezas y formación acordes a la medicina moderna, de alta calidad y humanista que deseamos en México, que necesitamos en México.

Es necesaria una retribución más justa y estímulos que eviten la sofocación del espíritu, que arraiguen al personal de salud en sus instituciones y en sus comunidades y eliminen la temida y maligna transformación del trabajo en "rutina" anodina. Debe vigorizarse la imagen social del personal de salud.

Si exaltamos la dimensión humanista de la práctica médica, es necesario incidir en otro problema a menudo soslayado.

¿Hasta dónde llega la responsabilidad del médico con el enfermo crónico, en especial el enfermo mental con escaso o nulo potencial de recuperación?

Cuando el daño mental es irreparable el enfermo se asigna sólo a la responsabilidad del médico, y en aquellos casos donde el enfermo mental ha sido responsable de delitos, a menudo violentos, y se califica de "inimputable"; entonces resulta que la institución de salud se convierte en una cárcel vicariante y el médico adquiere además responsabilidad legal.

No es posible mantener esta situación. Es necesario replantear el asunto y definir responsabilidades entre la sociedad civil desde su célula fundamental, la familia, hasta las instancias de gobierno que participan en el proceso, de las que las relacionadas a la salud sólo son una parte.

Señor Presidente de la República, señoras y señores, la Academia Nacional de Medicina, casa de reflexión y estudio, es fragua de realidades y sabe bien que conciliar la ciencia con la vivencia humana es tarea que no acaba. Su ámbito de acción natural, la salud, entendida como bien intrínseco y derecho ciudadano, factor del desarrollo y raíz del bienestar, le lleva

a la participación definitiva en la vida social. En consecuencia, la Academia sabe que toda recomendación que formule tiene que ser antes decantada con oportunidad política y clara conciencia de responsabilidad histórica.

Tenemos aún grandes retos, tal vez el más apremiante es la educación, educación a todo nivel, educación de la población en general, educación para la salud y educación para los profesionales de la salud en las aulas y laboratorios en servicio. Los frutos de esos esfuerzos serán un mayor y más oportuno acceso al Sistema Nacional de Salud, mejor atención primaria, una práctica más fácil de la medicina preventiva y mejor salud reproductiva con crecimiento autorregulado y responsable. El médico instruido es un factor positivo en la educación para la salud, un buen usuario de insumos y recursos, cumple mejor su labor asistencial tanto en el campo como en la ciudad, en el centro de salud, en el hospital o en el instituto de alto nivel y es vector y motor de cambio y del avance científico y social.

El logro de una calidad básica uniforme en el Sistema Nacional de Salud puede intentarse con la participación de la Academia en toda actividad de educación continua, con la validación y reconocimiento de las especialidades médicas, con programas asistenciales extramuros y en los esfuerzos para rehabilitar el ambiente y modificar favorablemente la salud mental; así como en el apoyo técnico en la elaboración de normas.

La Academia en colaboración con instituciones de educación superior, con el apoyo de la Secretaría de Salud, puede contribuir a mantener y desarrollar el Sistema Nacional de Salud y a materializar, Señor Presidente, la permanente voluntad política de su gobierno que ha sostenido el compromiso de conservar y expandir los programas de salud y bienestar con el máximo apoyo, con calidad sin mengua y con calidez humana.

Compañeros académicos, el compromiso del médico con la sociedad en nuestro país se refleja en la necesidad de que seamos punta de lanza de múltiples proyectos. Seamos protagonistas en la construcción de una sociedad con mujeres y hombres sanos y productivos, debemos ser factor de prevención no sólo de enfermedades orgánicas, sino de posibles distorsiones anímicas que pueden hacer que una sociedad, por avanzada que parezca, se puertra lastimosamente, como lo estamos viendo en otras partes del mundo. Aceptamos el compromiso con la sociedad como una oportunidad de servicio en nuestra profesión, que la vuelve más noble y fructífera. Conservamos el humanismo tradicional de la medicina mexicana, al que los trastornos de la vida moderna y la tecnología parecen haber empañado. Mas ahora no será un humanismo sentimental, impotente y utópico, sino una herramienta eficiente que fortalezca el ejercicio de la medicina y permita a los médicos sumarse al esfuerzo de todos para contribuir al progreso de México.